

El cazador miró al pirata con fiereza, como disgustado de aquellas palabras; pero Morgan continuó sin inmudarse:

—No sé cuál será en verdad vuestro nombre, pero no quiero tampoco saberlo por ahora: sois valiente y teneis una inteligencia clara y un brazo firme, y esto es bastante para mí: ¿aborreceis la dominacion española?

—¡Mucho!—dijo con exaltacion Brazo-de-acero.

—¿Habeis comprendido mis planes?

—Creo haber comprendido que se trata de quitar á España el predominio de estos mares y la posesion de sus islas; que se trata de interrumpir su navegacion y arruinar su marina.

—¿Y eso, qué os parece?

—Tan bueno, que no he vacilado un momento en ser de los vuestros, sin que me guie el mezquino interés del oro.

—¡Bravo! ¡bravo!—exclamó con alegría el pirata;—hombres como vos son los que necesito.

—Temo que no seamos bastante fuertes para consumir nuestra empresa.

—¿Eso decís? Callad, jóven, que el hombre de corazon no debe nunca desconfiar de su poder: mi voluntad es de acero como vuestro brazo, y yo os aseguro que todo sucederá como os lo he prometido: antes de un año las Antillas serán nuestras; los navíos españoles llevarán nuestra gente y nuestras banderas, y sus costados vomitarán fuego sobre las armadas de los reyes de Castilla; nuestro nombre sonará del uno al otro mundo, y será escuchado con terror por los marineros de todas las naciones, y las costas de la Tierra-firme serán tributarias de nuestros soldados; y todo esto sucederá, ¿lo entendeis? tengo fe de que ha de suceder;

VII.

Planes y confidencias.

Sois el célebre cazador mexicano, conocido con el renombre de Brazo-de-acero?—dijo Morgan.

—Sí—contestó el jóven.

—¿Antonio?

—Así he firmado mi escritura.

—¿Quereis decirme de dónde os viene el ser llamado Brazo-de-acero?

—Señor—contestó el mexicano—salí ya casi hecho un hombre, y no un niño; en mi país los hombres juegan con los toros mas pujantes, y con una pica los dominan ó con un lazo los aprisionan; ó con solo un estoque y una capa, los llaman y les dan la muerte: todos estos ejercicios que son enteramente desconocidos á los cazadores de la isla y que yo conocia perfectamente, me valieron el nombre con que soy conocido.

—Bien; pero ni ese nombre ni el de Antonio son vuestros, son de vuestra familia.

y entonces, cualquiera tierra que diga yo «es mía,» mía será: y trazaré una barrera que ningún marino será osado de traspasar en los mares, con solo la estela de luz que dejen al cruzar mis naves sobre las aguas del Océano; y tendremos en donde quiera que rueden sus olas, el poder que tienen los reyes sobre los pueblos.

El cazador escuchaba con agitación el discurso de Morgan; el valor, el miedo, el entusiasmo, todos los afectos y todas las pasiones se comunican cuando el que habla está poseído de ellas.

Los ojos del pirata brillaban con la fosforescencia de las olas; su rostro se encendía, su voz tomaba el timbre sonoro de la inspiración, y la fe se revelaba en todas sus palabras, en todas sus acciones; parecía tener delante realizado ya aquel soberbio cuadro que le representaba su imaginación; creía ver los navíos españoles arriando sus banderas, creía escuchar el *zafaracho de combate*, el ruido de la fusilería, el rugido de los cañones, los gritos de las chusmas; sentía en su rostro el calor del fuego ó el sople de los vientos terrales de las costas de México ó de Tierra-firme. Morgan estaba completamente transportado á las escenas que iba describiendo.

Brazo-de-acero le seguía en su entusiasmo y en su alucinación, y sus ojos brillaban también, y había llevado la mano al pomo de su gran cuchillo de monte.

—¡Eso es! ¡eso es!—exclamó sin poderse contener;—nuestras serán las islas, nuestro el dominio de los mares; la bandera española no cruzará ya por estas aguas, y México será libre, libre, porque entonces nosotros le arrancaremos de la corona de Carlos V y de Felipe II.

—Jóven—dijo el pirata—la fe se enciende ya en vuestro corazón.

—Ansío el momento de comenzar la lucha, el instante de abordar, seguido de un grupo de valientes, uno de esos soberbios navíos de nuestros dominadores.....

—¿Sois marino? ¿sabeis manejar las armas?

—Soy marino, y sé manejar tan bien el puñal ó el hacha de abordaje como el mosquete de cazador de toros.

—¿Quereis esperar la nave que venga á recoger á vuestros compañeros, ó preferís partir conmigo?

—Partiría mejor con vos, si tuviera tiempo de despedirme antes de la mujer que amo.

—¿Amais?

—¡Con todo mi corazón! ¡con delirio!

—Ahora estoy mas contento de vos; corazón que ama con tanto ardor, es corazón grande, porque es capaz de grandes pasiones, es capaz de acciones heroicas: si esa mujer no vive lejos de aquí, aun podeis despediros, porque está amaneciendo ya, y yo no partiré hasta mañana antes de amanecer; teneis, pues, á vuestra disposición un día y casi toda una noche.

—Es suficiente; partiré con vos.

—Antes, sabed que nuestro viaje estará lleno de peligros; podemos caer en manos de los españoles, podemos zozobrar, porque atravesaremos el mar en una canoa.

—No importa, contad conmigo.

—Entonces hasta mañana antes de amanecer: ¿y adónde os encuentro?

—Buscadme en el cabo del Tiburón.

—No faltaré.

—Y aquellos dos hombres se estrecharon la mano con efusión y salieron juntos de la casa.

Morgan se perdió entre un bosque de mangles y Brazo-de-acero tomó el camino de la aldea de San Juan.

Comenzaba á amanecer: en aquella hora, el lugar en que se habian reunido los conspiradores era ya un desierto, sin que pudiera adivinarse que habia habido allí gente, mas que por las columnitas de humo que se levantaban aún de algunas hogueras convertidas en ceniza y próximas á extinguirse.

Cuando el cazador llegó á la aldea, comenzaba ya á notarse el movimiento de la poblacion, que salia del sueño; habia abiertas algunas casas, en donde brillaba la luz artificial, porque la del dia aun no alumbraba bien.

El judío Isaac estaba ya de centinela en la puerta de su taberna.

Brazo-de-acero pasó de frente sin saludar al judío, y siguió caminando tan distraido, que durante un largo rato no observó que un perro le seguia á muy corta distancia.

Casualmente se detuvo, y el animal se detuvo tambien; entonces Antonio lo miró y lo reconoció; era el Titan, el perro que él habia regalado á Julia, pero que venia adornado con un hermoso collar.

Seguramente aquello tenia para el amante alguna significacion, porque sus ojos brillaron de alegría y la nube que ofuscaba su frente se disipó; y sin detenerse un momento, y sin hacer siquiera un cariño al perro, comenzó á caminar precipitadamente, dirigiéndose á uno de los bosquecillos que rodeaban la aldea.

Llegó así hasta lo mas espeso, miró si álguien le observaba, y acercándose al perro le quitó el collar.

Aquel collar tenia un secreto; era una especie de bolsa, formada de la misma piel de que estaba forrado, pero he-

cha con tal disimulo, que á menos de conocerla con anticipacion, hubiera sido muy difícil encontrarla.

Allí habia una cartita que Brazo-de-acero sacó y abrió con mucho cuidado; la carta era de Julia y decia:

«ANTONIO:

«Somos muy desgraciados: ¿esperas como yo en Dios? A media noche ven, y espérame en el jardin. Adios.

«JULIA.»

Brazo-de-acero cortó una de esas primorosas flores color de violeta de que se viste el guayacan, y la puso en el lugar en que estuvo la carta; aquello era ya una contestacion: volvió á colocar al Titan su collar, y le dijo mostrándole el camino:

—Vamos; vete, vete.

El inteligente animal agachó las orejas y partió corriendo; el cazador leyó todavía diez veces aquella carta y la guardó.

Atravesó en seguida la aldea, y una hora despues, los cazadores le veian llegar meditabundo y encerrarse en su cabaña.

El amor, el patriotismo, la ambicion de gloria y las esperanzas del porvenir, levantaban una tempestad en el corazon de aquel hombre, que se sentia capaz de todo lo grande, y veia abierta para él una senda de aventuras maravillosas en su enganche con Morgan; que comprendia cuán feliz podia ser al lado de Julia y la perdia; que conocia que iba á romper los últimos vínculos que le unian con la sociedad, y alejarse así para siempre de la mujer que amaba.

Por eso en todo el día no salió de su cabaña, y por eso se fingió dormido cada vez que alguno de los cazadores llegaba á hablarle.

El pasado y el porvenir, el temor y la esperanza, se presentaban en su imaginacion con colores exagerados, como les sucede á todos los hombres cada vez que tienen que dar un gran paso en su carrera.

Durmió un rato, y soñó que Julia y Morgan echaban suertes sobre su corazon; despertó sobresaltado y volvió á la realidad.

Era que el pirata habia ganado la partida.

VIII.

La última cita.

PEDRO Juan de Borica no faltó á la casa de la señora Magdalena para saber su resolucion, que ya desde antes comprendia que le seria favorable.

Como todos los tontos, Pedro Juan era presuntuoso, y como todos los hombres que padecen esta debilidad, pensaba mucho en sus atractivos personales, y creia que una sortija, una cadena mas, ó una rica joya en el sombrero, son el mejor adorno de un pretendiente y el mejor anzuelo para una dama.

Estos hombres piensan que las mujeres son como las aves, que caen desvanecidas con la luz del sol que hiere sus ojos reflejándose en un espejo, y tienen á la parte mas espiritual y mas bella de la humanidad, á la mujer, en el mismo concepto en que ellos merecen que se les tenga.

La señora Magdalena esperaba ya á Juan: la señora Magdalena no era una mujer vulgar que se dejara seducir por

el rico trage y las alhajas del desollador; pero conseguir un marido rico y tonto á los cuarenta años de edad, es una tentacion á la que muy pocas damas no sucumbirán.

El matrimonio que el desollador proponia á la madre de Julia, era para ella, que habia perdido hasta la idea de las segundas nupcias, una especie de milagro, un don maravilloso de la Providencia; por eso esperaba impaciente al español, no sin sentir vagos temores de que se hubiera arrepentido. Era natural, y nadie dejará de disculpar á la juiciosa viuda de Lafont.

Al mirar al desollador que entraba al jardin, la señora Magdalena, á pesar de sus cuarenta abriles, se puso encendida y procuró tomar un aire interesante, y su corazon latia con violencia: una mujer tiembla para decir que sí, y permanece serena cuando está decidida á decir no. Esto no arguye mucho en favor del sexo hermoso.

—Señora—dijo Juan despues de saludar—vengo á saber mi sentencia—y agregó en su interior:—es buena moza; ¿cómo no me habia fijado en ello? seria porque no era mia.

—Caballero—contestó la señora Magdalena bajando la vista y encendiéndose mas—casi no he pensado.....

—¿No habeis pensado, señora? ¿tanto así me despreciáis?.....

—¡Oh! despreciaros, no; por el contrario.

—Entonces, ¿sereis mi esposa?—exclamó el desollador tomando una de las manos, todavía bonitas, de la señora Magdalena.

—No sé qué deciros—contestó ella sin retirar su mano.

—Audacia!—pensó Juan, y llevando á sus labios aquella mano, exclamó:

—Señora, no me hagais sufrir mas..... ¿sereis mi esposa?

—Sí—contestó trémula la señora Lafont, abandonando su mano á los apasionados besos del Oso-rico.

En aquel momento Juan se hacia la ilusion de que amaba de veras á aquella mujer, y ella por su parte lo creia y comenzaba á sentir tambien ilusion por aquel hombre.

Es que el amor es una pendiente en la que basta creer que se descende para descender sin remedio; es bastante creer que se ama para amar de veras.

—Magdalena—dijo el desollador tomando ya un lenguaje mas franco—¿cuándo quereis que se haga la boda?

—Cuando vos lo dispongais—contestó con alguna timidez la señora Lafont.

—En ese caso, cuanto mas pronto es mejor, porque deseo cuanto antes salir de aquí; ¿os parece, hermosa mia?

Muchos años habian pasado sin que la señora Magdalena se oyera llamar «hermosa mia,» y aquella frase cayó en su corazon como un baño de felicidad.

—Sí, cuanto mas pronto mejor—contestó comenzando á animarse;—saldremos de la isla; pero si os parece á vos, ante todo es fuerza salir de esta aldea.

—Por supuesto; afortunadamente todo mi capital puede realizarse en un solo dia, digo lo que aun tengo en mercancias; y esta vuestra casa, sobrarán personas que la compren luego que sepan que está de venta, y en el momento nos vamos para Santo Domingo, y ya en la ciudad, podremos con calma pensar el punto á que debemos ir á radicarnos para vivir felices y tranquilos.

—Eso es muy bien pensado, muy bien pensado.

Y pensando en la vida dulce que les esperaba, y mezclando estos planes con frases de amor que la señora Magdalena oia con gusto y que Pedro Juan decia casi de buena fe, aquella conferencia se prolongó por mas de una hora,

hasta que el desollador se despidió para ir á preparar el matrimonio y el viaje.

—Pues no estaria yo disgustado—decia él entre sí y caminando para la casa—si tuviera necesidad de vivir siempre con la madre; está fresca la viuda y buena moza, y además es amable, y tiene unas manitas..... Vamos, si es la raza, la raza..... me gustan las francesas.....

Julia no habia oido nada de lo que la señora Magdalena habia hablado con Juan; pero lo comprendió, porque le vió salir á él muy alegre, componiéndose el jubon, y encontró á su madre con el rostro encendido y la sonrisa en los labios.

Tal impresion y tan grata habia causado á la señora Magdalena aquel inesperado matrimonio, que casi ni habia reconvenido á Julia por sus amores con Brazo-de-acero: la madre, entregada completamente á su felicidad, habia olvidado la conducta de su hija.

Julia temió al principio una tempestad doméstica; pero las horas habian pasado y la señora Magdalena tenia para ella sonrisas y buen humor; la jóven cobró ánimo, y se atrevió por eso á dar una cita á Brazo-de-acero.

Llegó la noche, y Julia contaba los minutos con impaciencia; le parecia que la señora Magdalena tardaba demasiado en retirarse á su estancia; pero procuró disimular, hasta que por fin llegó la hora del silencio.

Julia se cercioró ante todo de que su madre se habia recogido, y luego se dirigió á la ventana de su estancia que caia al jardin, y se puso á esperar.

Los vientos de la noche mecían las copas de los árboles con un rumor melancólico y dulce; la luna iluminaba débilmente los horizontes, dando al firmamento un color verde y apacible, y el silencio de los bosques se interrumpia por

el canto de algunas aves nocturnas ó por el mugido de las vacas.

Julia esperó largo tiempo; pero en aquel tiempo su imaginacion viajó por el pasado, exploró el porvenir desconocido, y se fijó con tristeza en el presente.

Estaba profundamente distraida, cuando un rumor ligero en el jardin la hizo volver en sí.

A la luz de la luna reconoció al jóven cazador que se acercaba.

—Espérame—dijo Julia en voz baja.

El cazador se ocultó bajo la sombra de un árbol, y poco despues vió llegar á Julia.

—Mi madre duerme profundamente—dijo;—pero creo que podemos hablar con mas tranquilidad fuera del jardin.

Y sin esperar mas respuesta, se dirigió á la salida que estaba en la tapia, oculta por la maleza y las enredaderas: Brazo-de-acero la seguia sin hablar.

Salieron al camino y se internaron en un bosquecillo.

—Antonio—dijo Julia de repente deteniéndose—¿es verdad que somos muy desgraciados?

—¡Sí, Julia mia, lo somos!.....

—¿Y qué piensas hacer tú ahora?

—Julia, si yo no te amara con tanta pureza, si mi pasion no igualara á mi respeto, yo te diria: Julia, sígueme, huyamos, y serás mia en los bosques, y vivirás en mi cabaña, y serás la mujer del cazador, y nuestros dias se deslizarán llenos de encanto y dulcemente como las auras que pasan entre las flores; pero no, amor mio, tengo aun mas amor por tí que tú; comprendo que entonces seriamos felices, pero que te arrancaria yo de la sociedad, del mundo, adonde tú y yo debemos volver algun dia, adonde te llevaré con orgullo llamándote mi esposa: comprendo que si huyeras

así conmigo, si abandonaras así á tu madre, despues de la dicha de los primeros dias vendria para tí el remordimiento, y el pesar, y el hastío, y me dejarias de amar.

—¡Antonio! no digas eso.

—Sí, ángel mio, te lo digo porque es la verdad: yo soy caballero, soy noble; si me miras viviendo en la montaña, unido con los cazadores, no es porque yo sea un aventurero sin nombre, sin familia, sin fortuna, no, Julia; en esta noche, que precede quizá á una larga separacion, quiero decirte esto: quién soy, algun dia lo sabrás; por ahora, alma de mi vida, bástete saber que no soy un hombre indigno de tu amor.

—Quien quiera que seas, Antonio, noble ó plebeyo, poderoso ó miserable, marqués ó cazador de toros, te amo y te amaré siempre por tí, por tí no mas; respetaré tu secreto, sin pretender saberlo, acataré tus determinaciones cualesquiera que ellas sean, porque te adoro, porque no tengo mas voluntad que tu voluntad, mas deseos que tus deseos, mas esperanzas que tus esperanzas: habla, dí, manda, Antonio; tuya soy, y tú dispones de mi vida, de mi honra, de mi porvenir.

—¡Alma de ángel!—exclamó el cazador, estrechando á Julia entre sus brazos—tu inocencia y tu amor son las murallas de tu virtud: escúchame: mañana debemos separarnos; pero júrame que me serás fiel, y yo te respondo del porvenir, y yo te aseguro que seremos felices.

—¡Te lo juro!—dijo la jóven con exaltacion.

—¿Sean cuales fueren las peripecias de tu vida y de la mia?

—Sí.

—¿Aunque te ofrezcan un brillante matrimonio?

—Sí.

—¿Aunque oigas decir de mí cuanto malo hay sobre la tierra, aunque te digan que soy infiel á tu amor, que he muerto?

—Sí, sí!—exclamó Julia llorando.

—Julia, no olvides ese juramento que Dios recibe en estos bosques.

—¡Nunca!—dijo la jóven, cada vez mas exaltada.

Y aquellas dos almas ardientes se confundieron en un beso prolongado.

—Adios, Antonio—dijo Julia arrancándose de los brazos del cazador—adios: ¿volveré á verte pronto?

—No, Julia, mañana partiré.

—¿Vas á partir?—exclamó espantada la doncella;—¿y para dónde? ¿para dónde?

—No lo sé; voy á seguir mi destino, voy en busca de la libertad y de la venganza de mi país.

—Expíciate, expíciate, por Dios; tus palabras envuelven para mí un misterio que me causa miedo: Antonio, ¿adónde vas? ¿qué vas á hacer?

—Julia, mañana parto de la villa con Morgan; soy ya de los suyos.

—¡Dios mio! ¿tú con Morgan, Antonio? ¿tú, tan noble, tan bueno, tú partir con ese pirata, cuyo solo nombre causa terror? ¿tú pirata tambien? ¡Oh, Dios mio! ¡Dios mio! ¿qué va á ser de mí? ¿qué va á ser de nosotros?

—Cálmate, ángel mio, cálmate.....

—¿Calmarme, Antonio? ¿pero tú crees que yo no comprendo los peligros inmensos que te esperan? ¿crees que yo no sé que va á comenzar para tí una vida de escenas y de combates terribles, espantosos? ¿ignoro acaso, Antonio, que todos los piratas están sentenciados á morir, y con una muerte vergonzosa, con la muerte de la horca? ¿y quieres

que me calme cuando veo el rayo sobre tu cabeza? Es imposible, imposible.....

Julia, como loca, lloraba y alzaba los brazos al cielo.

—¡Julia! ¡Julia!—decía el cazador, espantado de aquel arranque de desesperación—¡Julia, en nombre del cielo, por nuestro amor, te lo suplico; cálmate y escúchame.

—¿Y qué puedes decirme que calme mi aflicción? ¿tú que vas á exponer tu vida, sin pensar que esa vida es la mía, que la idea sola del peligro que vas á correr será la causa de mi muerte?.....

—Es, Julia mía, porque tú crees que esos peligros son tan grandes y tan continuos como piensa el vulgo: no, amor mio, todas son exageraciones de la fantasía. Oyeme: ¿recuerdas cómo te pintaban la vida de los cazadores? ¿recuerdas que temblabas por mí á cada instante? Y bien; ¿qué ha sucedido, amor de mis amores? ¿no estoy á tu lado vivo y tranquilo? ¡Oh, Julia! no creas en esas leyendas, que no servirán mas que para hacerte desgraciada.

—Antonio, tú me engañas, tú dices todo eso por darme valor para calmarme, pero no lo crees así tú tampoco; la vida de los cazadores es azarosa, pero no puede compararse con la de los piratas; yo lo sé, Antonio, lo sé; y si temblaba por tí cuando cazabas en las montañas, ¿qué sentiré ahora que vas á vivir con los piratas, con ese Morgan, con ese hombre infame á quien detesto desde hoy porque ha venido á comprometerte, porque ha venido á arrebatarme la calma, la felicidad, la vida?

—No pienses así, Julia, porque me despedazas el corazón; te amo mas que á mi misma vida; nada hago, nada digo sin pensar en tí: tú eres mi espíritu, mi aliento, mi inspiración; por tí siento la sed de la gloria y de la ambición, por tí quiero vivir, por tí desprecio los peligros,

y sin tí, norte de mi existencia, ¿qué puede halagarme ni sobre la tierra ni en el cielo? ¿Qué soy sin tu amor? árbol seco, fuente agotada, hoguera que se apaga; máquina triste y miserable que se arrastra penosamente sobre la tierra, sin fe, sin esperanza, sin porvenir. ¿Y cuando tanto te amo, y cuando no mas en tí y en tu amor pienso, crees, Julia mía, que quisiera perder la vida, para separarme eternamente de tí, para herir tu corazón?.....

A medida que Brazo-de-acero hablaba, el rostro de Julia se iba poniendo radiante, sus ojos brillaban de placer, y aun el viento de la noche no oreaba las lágrimas que como brillantes temblaban entre sus sedosas pestañas, y ya una sonrisa de inefable felicidad asomaba en su boca fresca y purpurina.

—Antonio, amor mio—exclamó sin poderse contener—¿cuán feliz soy con que me ames así! ¡cuán feliz soy! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡mándame todas las desgracias de la tierra, pero no me quites este amor! ¡Antonio, ya no lloro! tú me amas! tú tienes nuestra dicha en tus manos! ¡Adios! ¡adios! Haz lo que quieras, pero ámame y seré feliz.

—¡Adios!—exclamó el cazador.

Y la jóven, ligera como una gacela, se desprendió de sus brazos y se entró al jardín.